

EL ARAGONÉS MEDIEVAL
Lengua y Estado en el reino de Aragón

Guillermo Tomás Faci

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
1. LA DEFINICIÓN DE UNA NUEVA LENGUA.....	33
1.1. Estado, colonización y lengua.....	36
1.2. De latín a romance.....	40
1.3. De romance a aragonés	53
2. LA NORMA CULTA DE LA LENGUA VULGAR.....	73
2.1. Gestación y rasgos del modelo culto	79
2.2. Lengua de prestigio y convergencia dialectal.....	89
2.3. El aragonés en tierras de otra lengua	104
2.4. Los mecanismos de difusión de la norma	116
2.5. Corrección lingüística y oralidad	124
3. LENGUA Y POLÍTICA EN ARAGÓN.....	133
3.1. La Corona de Aragón, un Estado políglota.....	137
3.2. Políticas lingüísticas para gestionar la diversidad.....	146
3.3. La palabra del rey: las lenguas de la Cancillería.....	160
3.4. El aragonés, lengua del reino: reivindicación y limitaciones	183
3.5. Continuidades y discontinuidades: el aragonés y sus vecinos	199

4. LA CASTELLANIZACIÓN.....	217
4.1. La lengua del rey tras el Compromiso de Caspe	224
4.2. La sustitución idiomática en Aragón	242
4.3. Una nueva ideología lingüística.....	264
CONCLUSIÓN.....	283
ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS	291
BIBLIOGRAFÍA	293
ÍNDICE DE PERSONAS, LUGARES Y MATERIAS	327

INTRODUCCIÓN

El monasterio de Santa María de Sigena, en medio de las estepas de los Monegros, fue, hasta su desgraciada destrucción en 1936, un reducto donde las monjas mantuvieron costumbres que hundían sus raíces en el tiempo lejano en que fue el gran cenobio femenino de la Corona de Aragón: panteón y archivo de la monarquía, lugar de profesión de las infantas, centro creativo de primer orden. Esas reliquias vivas del pasado, unidas a un patrimonio artístico colosal, fascinaron a los eruditos aragoneses y catalanes que se internaron en él en los siglos XIX y XX. Tal fue el caso del montisonense Mariano de Pano y Ruata, quien escribió un manuscrito en 1896 donde, entre muchas otras cosas, dejó constancia de una curiosidad idiomática que nos sirve para introducir este libro. El acto de profesión de las monjas seguía al pie de la letra el viejo ceremonial de la casa, incluida su lengua, que se puede ilustrar con algunos fragmentos del diálogo que mantenían la priora (P) y la novicia (N):¹

— Agora vos daremos el stablimento de nuestra casa. E vós pensad en vuestro corazón si lo podréis sustenir, porque cuando vós querredes jacer e dormir, omne vos fará velar y andar. Cuando vós querades comer y beber, omne vos fará dayunar e muytos otros mandamientos que omne vos fará facer, que vos serán graves. E por esto, ved si lo porredes sofrir. (P)

1 Pano y Sesma 2004: 48-49 (corrigo algunas erratas del manuscrito).

- Bien lo cumpliré con Dios. (N)
- Rendides vós misma a Dios y a San Juan Baptista y a los enfermos de Hierusalem, por sierva e captiva? (P)
- Oc, senyor. (N)
- Por esta profesión que habedes feito a Dios, a San Juan Baptista, a los enfermos de Hierusalém e a nós, por aquellas cosas, damos e otorgamos a vós en el Hospital pan y agua y vestiduras humildes, e damos part a vuestro padre e a vuestra madre en cuantos bienes se farán aquí, ni de acá ni de allá mar, en lo Hospital. (P)

Lo que me interesa del caso no es la sorprendente pervivencia litúrgica de una variedad romance expulsada de ambientes formales desde hacía mucho tiempo, sino la interpretación que Mariano de Pano dio a los rasgos que alejaban aquellas frases respecto al castellano antiguo:

La fórmula de profesión religiosa que aún subsiste en el ceremonial de la toma de hábitos de Sijena, y que hoy se recita como se recitaba el siglo XII, guarda algunas palabras de la lengua de Oc, tal vez procedentes del Gran Priorado provenzal de San Gil.

Para encontrar una justificación a aquel peculiar dialecto, el montisonense se fue muy lejos, tanto en el tiempo como en el espacio, hasta remontarse a las primeras fases de la implantación de la Orden del Hospital en el delta del Ródano. La explicación, sin embargo, estaba mucho más cerca. La mayoría de los documentos anteriores a 1500 que se guardaban en el archivo del monasterio —que él conocía perfectamente— presentaban rasgos lingüísticos similares; además, muchas de esas formas las habría oído espontáneamente si se hubiese acercado a los «dances» (una forma de teatro popular) que se representaban por entonces en muchas localidades monegrinas, o si hubiese atendido a las conversaciones de personas de condición trabajadora de los pueblos del entorno de Monzón. Así, la pervivencia puntual de la lengua que, durante siglos, había sido el romance culto y escrito de Aragón, y que, en aquel momento, aún utilizaba una porción significativa de los habitantes de su tercio septentrional, no tenía otra explicación, a los ojos de un erudito burgués, que la de un influjo extranjerizante.

El historiador británico Edward Thompson hablaba de la «prepotencia de la posteridad» para describir la tendencia inevitable a expulsar del análisis historiográfico y de la memoria social aquellas realidades que no han tenido continuidad en nuestro presente o no contribuyeron decisiva-

mente a configurarlo, un sesgo del superviviente que pesa como una losa sobre el objeto de este libro. El aragonés medieval tenía diferencias enormes, en volumen de usuarios o producción escrita, con sus vecinos castellano y catalán, que explican *per se* que la atención investigadora que ha recibido sea menor; sin embargo, la mayor diferencia radica en que la primera inició un declive acelerado a finales del siglo xv, que le ha conducido al borde de la extinción, y las otras dos han pervivido vigorosas hasta nuestros días. Así, las historias del castellano y del catalán están respaldadas por grandes comunidades de usuarios, por instituciones políticas y, como consecuencia de las anteriores, por estructuras académicas e investigadoras. La del aragonés, por el contrario, no la perciben como propia ni muchos aragoneses. Ahí está el caso de Pano y Ruata.

Consecuentemente, el primer objetivo que me planteo es combatir la invisibilización que padece esta lengua como consecuencia del destino que corrió tras girar la esquina de la modernidad. En el mismo sentido, pretendo huir de la teleología de ciertos discursos: el hecho de que sepamos cuál fue el resultado del proceso no nos autoriza a reorganizar las evidencias para que estas nos encaminen cómodamente hacia él. La historia no estaba escrita de antemano. Por honestidad con el lector, debo advertir que esta aspiración no está exenta de componente personal que deriva de mi propia vinculación con el objeto de estudio: quien escribe esto, conoce, habla y estima la lengua aragonesa, sufre ante la perspectiva de su desaparición inminente y se ofende cuando es descrita como una jerga inculta, una mezcla disforme o una invención contemporánea. Poco puedo hacer para frenar la extinción del aragonés vivo, que a estas alturas parece casi inevitable, pero está en mi mano contribuir a que quede constancia de su historia, para que, si ese triste pronóstico se cumple, nadie pueda negar que existió.

Con semejante declaración de intenciones, podría esperarse una obra estrictamente persuasiva y autocomplaciente, una acumulación de indicios tomados de diferentes contextos históricos que demuestren ese presupuesto —la existencia del aragonés en la Edad Media— a un público que, no nos engañemos, estaría mayoritariamente compuesto por personas convencidas de antemano. Pero ese no es el libro que pretendo hacer, porque la inquietud intelectual que lo mueve es diferente, y tiene un carácter estrictamente histórico. Para explicarla, tomaré prestadas de

mi colega Julián Ortega unas palabras que aluden a la función social de los museos:²

Su misión no puede seguir siendo mostrar la historia de la nación, la provincia o el municipio, sino más bien ayudar a pensar cuándo, cómo y por qué han sido construidas históricamente la nación, la provincia y el municipio.

Del mismo modo, este estudio no quiere ser una historia del aragonés, concebida como la descripción diacrónica de un objeto que nos viene dado por factores externos que escapan a nuestro análisis, sino que aspira a historiarlo plenamente, es decir, a explicar cuándo, cómo y por qué se construyó el concepto de *lengua aragonesa*, qué funciones desempeñó en la articulación social y qué consecuencias tuvo su existencia en el devenir lingüístico y político del territorio. Así, me gustaría mostrar que el aragonés —igual que los restantes romances de nuestro entorno— no era el resultado inevitable de la evolución natural del lenguaje hablado en este sector del Imperio romano, sino que la condición necesaria y motor de su existencia fueron las relaciones de poder y formas de dominación consustanciales a la construcción de Aragón como Estado.

Historia y lenguaje

Peter Burke, en la introducción del libro *The social history of language* de 1987, afirmó que «el lenguaje tiene demasiada importancia histórica para dejárselo a los lingüistas». Semejante alegato podría entenderse como una crítica feroz contra la disciplina lingüística, pero la siguiente frase re-dirigió el disparo contra el campo de los historiadores. Según él, la lengua «está tan estrechamente ligada a los procesos de interacción y cambio social que los historiadores deben prestarle mucha más atención de la que le han

2 Ortega Ortega 2018: 492. Una idea parecida se expresa en Valle 2016: 12: «Los sintagmas “historia del español” —donde “el español” es aceptado acríticamente como un objeto que existe ahí afuera— e “historia lingüística de España” —donde “España” es identificada como un territorio lingüísticamente heterogéneo y como un espacio cultural y políticamente en disputa— constituyen tipos de fenómenos muy diferentes e invitan a acercamientos académicos distintos».